

Anna Freud y Melanie Klein: consideraciones sobre una controversia interanalítica*

Jean-Claude Stoloff*

Las enseñanzas del debate que sostuvieron Anna Freud y Melanie Klein, ¿concernen esencialmente al psicoanálisis de niños? ¿O deben, más bien, ser extendidas, en la medida en que allí se encuentra involucrado el conjunto del corpus teórico y clínico freudiano? Esto no sería sorprendente para nosotros porque, se trate del psicoanálisis del niño o del adulto, es en verdad el mismo objeto el que resulta explorado: a saber, el infantil.

¿Por qué unas oposiciones tan fuertes, una controversia tan radical, no condujeron a una escisión sino a una coexistencia de ambas corrientes de pensamiento en la sociedad británica? ¿Se pueden detectar en ello razones que van más allá de las circunstancias coyunturales o personales? ¿A partir de qué momento, en efecto, las divergencias teóricas llevan a una ruptura del consenso mínimo necesario para sostener una comunidad analítica?

El hecho de que Anna Freud y Melanie Klein no hayan llegado a ese punto sin retorno puede clarificar este interrogante. Para nosotros, el debate entre ellas pone una vez más de relieve la separación irreductible entre teoría y práctica, separación que tiene su origen en una relación a lo desconocido y a lo incognoscible con la que todo teórico habrá de lidiar, a veces dolorosamente. Tanto Anna Freud como Melanie Klein, por razones personales y asimismo vinculadas a la lógica de sus propuestas teóricas, serán confrontadas a este problema epistemológico esencial que Freud incluyó

* El artículo fue publicado, en el n° 36 d'Etudes freudiennes, Janvier 1995: Etre psychanalyste d'enfants après Freud y el título del artículo era: Anna Freud, Mélanie Klein: enjeux d'une controverse inter-analytique p.35-49.

* jc.stol@wanadoo.fr / ver [CV](#)

permanentemente en su perspectiva. ¿No son sus respectivas relaciones a lo desconocido y lo incognoscible susceptibles de esclarecer algunos aspectos centrales de su conflicto? Partiendo de un punto de vista histórico, intentaré esbozar, en el marco de este artículo, algunas respuestas a estas distintas preguntas.¹

Historial del conflicto

Melanie Klein nació treinta años antes que Anna Freud y, por lo tanto, comenzó a practicar la terapia analítica antes que la hija del fundador del psicoanálisis.

En el aspecto histórico, vamos a distinguir tres grandes fases:

Un primer período –que puede situarse entre 1919 y 1926–, durante el cual Melanie Klein será la primera en comunicar ante el movimiento psicoanalítico sus investigaciones relativas al psicoanálisis de niños.

Un segundo período, que se extiende desde 1927 (fecha del Congreso de Innsbruck) hasta 1939 (muerte de Freud y comienzo de la guerra), donde empieza a desarrollarse una oposición cada vez más radical entre Anna Freud y Melanie Klein, frente a la cual Sigmund Freud respalda discretamente los puntos de vista de su hija. El debate excede a ambas personalidades y va más bien a cristalizar la existencia de dos polos en el movimiento psicoanalítico: el psicoanálisis británico, del cual Ernest Jones es en aquel entonces el representante más eminente, y el grupo vienés, sólido baluarte de la ortodoxia freudiana. Si bien en un principio las divergencias se refieren al psicoanálisis de niños, muy rápidamente van a encontrarse implicadas cuestiones teóricas fundamentales, especialmente concepciones distintas del desarrollo genético que remiten a la puesta en marcha más o menos precoz del complejo de Edipo y de la formación del superyó, de lo cual resultará una apreciación muy diferente de la relación de los niños a los padres, con consecuencias directas sobre la práctica de la cura.

¹ Principales fuentes bibliográficas utilizadas: Grosskurth, P. (1990). *Melanie Klein, son monde et son oeuvre*. París: PUF. Young-Bruehl, E. (1988). *Anna Freud*. París: Payot. Gleissmann, P y Gleissmann, C. (1992). *Histoire de la psychanalyse de l'enfant*, París: Bayard.

Debe también citarse otra obra a la que no tuve acceso directo y que no se encuentra actualmente traducida al francés: King, P. y Steiner, R. (1991). *The Freud-Klein controversies 1941-1945*. Londres: Tavistock Routledge.

Estas divergencias también se refieren a la existencia más o menos tardía de un objeto psíquico para el lactante y, por lo tanto, conducen a un cuestionamiento de los trabajos de Freud sobre el narcisismo. El rol del yo y de sus mecanismos de defensa son considerados de modo sensiblemente diferente por Melanie Klein y por Anna Freud, y estarán acompañados por concepciones opuestas de la alianza terapéutica, que concernirán tanto a la cura con adultos como con niños. Finalmente, la noción de *après-coup* es utilizada por Melanie Klein en un período que se sitúa antes de la fase de latencia, mientras que Anna Freud, fuertemente respaldada en este punto por su padre, sigue insistiendo con el rol fundamental del *après-coup* puberal. Aquí las consecuencias son incluso mayores respecto de la concepción psicoanalítica del proceso de la adolescencia, y de las diferencias radicales que separan la cura de un niño de la de un adulto (es decir, de un sujeto que tiene o no la posibilidad de acceder a relaciones sexuales reales y completas). Retomaremos luego, de modo más detallado, las diferentes cuestiones planteadas durante este segundo período.

Finalmente, en una tercera fase que va de la muerte de Freud (1939) a la de Melanie Klein (1960), las grandes controversias alcanzan su apogeo, con su punto saliente entre 1941 y 1945. En el debate intervienen los alumnos más eminentes de Melanie Klein, especialmente Susan Isaacs con su artículo ya clásico "Naturaleza y función de la fantasía", que dará lugar a más de dieciocho páginas de sugerencias y añadiduras de la propia Melanie Klein. Se evitará por poco una escisión y se verá un *middle group* desprenderse del seno de la sociedad británica, en el que aparecen las figuras de Donald W. Winnicott y de Michael Balint. Se establece a duras penas un acuerdo para organizar dos cursos de formación paralelos al interior de la sociedad británica, uno de obediencia kleiniana y otro sostenido por las teorías de Anna Freud. A partir de este momento no se puede realmente hablar de debate, sino de una suerte de paz armada. Melanie Klein y Anna Freud pretenden, cada una por su lado, desarrollar sus propios paradigmas teóricos y clínicos.

Entre 1950 y 1960, Melanie Klein profundiza la teorización de la posición depresiva, a la que opone, en el marco de un sistema evolutivo, la posición esquizoparanoide. Hacia el final de su vida, introduce el concepto de *envidia primaria*. Es en ese entonces que un núcleo homogéneo de discípulos se constituye en torno a ella, mientras que una de sus alumnas mejor reputadas, Paula Heimann, cuyo análisis con Melanie Klein se extiende por más de veinte años, es apartada debido a sus originales concepciones sobre la contratransferencia, expuestas en 1950.

Por su parte, Anna Freud prosigue sus elaboraciones en el surco inaugurado por su libro *El yo y los mecanismos de defensa* (1936). Crea las condiciones para una observación directa del niño normal, que debe proporcionar datos comparativos para evaluar la indicación, el progreso y los resultados de una terapia analítica. Será primero la Jackson Nursery en Viena, más tarde la War Nursery en Londres y finalmente, luego de la guerra, la Hampstead Clinic. Elabora, con sus principales colaboradores, especialmente Sandler, un índice que le permite al clínico localizar, de acuerdo con líneas de desarrollo, los desvíos patológicos que determinarán una intervención analítica o terapéutica.

Las obras que reúnen el conjunto de sus últimos trabajos se publican mucho después de la muerte de Melanie Klein, como por ejemplo *Normalidad y patología en la niñez* (1965), *El análisis de la defensa* (1985) y *Técnicas de psicoanálisis de niños* (1980).

Principales consideraciones teóricas

En la fase inicial, que va de 1919 a 1927, Melanie Klein desarrolla sus primeras elaboraciones teóricas y clínicas.

Luego de un primer análisis con Sándor Ferenczi en Budapest, Melanie Klein se instala en Berlín en 1921. Emprende un segundo análisis en 1924 con Karl Abraham, que será interrumpido prematuramente por la muerte de este último en 1925. Sus primeras elaboraciones se encuentran muy influenciadas por las exploraciones de Abraham referidas a las fases pregenitales de la libido, así como por la manifestación de diversos mecanismos vinculados al duelo y a la psicosis maníaco-depresiva. En cambio, parece tomar distancia de las preocupaciones de Ferenczi relativas al entorno familiar como factor traumático. Esta orientación luego creará dificultades en las relaciones con su primer analista.

Melanie Klein se inspira en la técnica del juego propuesta algunos años antes por Hermine von Hug-Hellmuth, pero la codifica de manera mucho más precisa: pequeños objetos, siempre los mismos, plastilina, papel y lápices, todo dentro de una caja personal para cada niño. El número de sesiones es de al menos cinco por semana, en el domicilio del terapeuta. El desarrollo del juego del niño es considerado de entrada como equivalente a las asociaciones libres del psicoanálisis de adultos, equiparación que será uno de los puntos esenciales de sus divergencias no sólo con Anna Freud sino también

con otros analistas. Es preciso destacar que, al igual que Anna Freud, Melanie Klein inicia su práctica analítica con niños.

En 1919, presenta su primer artículo ante la sociedad húngara, que será leído en dos partes: "El desarrollo de un niño" en 1919 y "El análisis de niños pequeños" en 1921. Más tarde sabremos que el caso analizado, Fritz, es en verdad su propio hijo, Erich. En estos textos ya adelanta su tesis esencial: es conveniente interpretar la transferencia negativa desde el inicio de la cura y prioritariamente, en la medida en que allí se concentran las angustias destructivas vinculadas al sadismo oral y anal del niño. La concepción de un complejo de Edipo que se remonta mucho antes del período clásico postulado por Freud, entre los tres y cinco años, ya comienza a estar presente. Además, la existencia de un objeto parcial, luego total, forma parte, para Melanie Klein, de los primeros meses de existencia de la vida psíquica del lactante. Propone al analista permanecer con el niño en una estricta actitud interpretativa y analítica, tanto como puede hacerlo con el adulto. Durante este período, con excepción de algunas reticencias, como las de Sándor Radó, sus tesis van a conseguir la indudable aprobación de una gran parte del movimiento psicoanalítico, especialmente el berlinés y el británico. Sin embargo, a partir de 1926, Anna Freud va a intervenir en el debate, oponiendo sus críticas a los puntos de vista de Melanie Klein.

Anna Freud emprendió un análisis con su padre en dos períodos, de los cuales el primero se inició en el otoño de 1918. En sus comienzos es maestra, pero, al igual que Melanie Klein, no posee educación universitaria oficial. Su primera contribución, "Fantasías de flagelación y sueños diurnos", fue en verdad redactada seis meses antes de que recibiese a su primera paciente (Young-Bruehl, 1988, p. 93). A pesar de las críticas realizadas por algunos colegas de su padre, esta conferencia le permitirá convertirse en miembro de la Sociedad Psicoanalítica de Viena el 3 de mayo de 1922. El material del caso presentado es presumiblemente autoanalítico. Y varias referencias también permiten pensar que uno de los ejemplos clínicos del célebre artículo de Freud "Pegan a un niño" (1919) remite a su propia hija (Freud, 1979a).

Con los niños, la técnica de Anna Freud difiere sustancialmente de la de Melanie Klein, de lo cual surge una observación fundamental. Parece como si Melanie Klein hubiese adoptado un razonamiento más bien inductivo. Confrontada en primer lugar a la transferencia negativa del niño, intentó dar de eso una traducción teórica, en términos de angustias destructivas pregenitales. Mientras que el razonamiento de Anna Freud sería más bien deductivo. Si hay transferencia negativa, es debido al desarrollo normal del niño que, hasta cierta edad, permanece demasiado vinculado a sus padres como

para poder transferir fácilmente sus emociones positivas a un extraño, incluso al terapeuta.

Partiendo de la teoría del desarrollo propuesta por su padre, y especialmente de estos puntos esenciales que son la existencia de un estadio anobjetal, de un complejo edípico entre los tres y los cinco años, al término del cual se forma el auténtico superyó, y finalmente del rol fundamental que juega el *après-coup* puberal, extrae la consecuencia de que el niño, siendo un ser en desarrollo hasta después de la adolescencia, no podría ser tratado analíticamente como un adulto. Permanecería esencialmente influenciado por el entorno, lo cual impediría la constitución de una neurosis de transferencia con él. Debe entonces continuar sometiéndose a una influencia educativa y sería conveniente cuidarse de que la cura analítica no contraríe esta evolución necesaria. Cabe prever entonces una fase preparatoria, destinada a ablandar al niño, a combatir sus temores justificados ante un extraño, antes de que pueda establecerse realmente una transferencia positiva. Para ella, el juego infantil no es equivalente a las asociaciones libres del adulto, porque el juego sin duda forma parte del universo habitual del niño, pero la asociación libre es, en cambio, una creación artificial del procedimiento psicoanalítico.

Anna Freud expondrá primero sus divergencias en su introducción a la técnica del análisis de niños (Viena, 1926) y luego en el coloquio de Innsbruck (1927), lo cual dará lugar a las primeras escaramuzas entre el grupo británico encabezado por Ernest Jones y el grupo vienés. Porque, entretanto, también en 1926, Melanie Klein, por invitación de Ernest Jones, se instaló en Inglaterra, país en el que permanecerá hasta su muerte, en 1960. Melanie Klein y Anna Freud pretenden, por lo tanto, a partir de este período (1926-1927), proseguir paralelamente sus elaboraciones contradictorias. Entramos entonces en la segunda fase, que se extiende entre 1927 y 1939, año de la muerte de Freud y del comienzo de la Segunda Guerra Mundial.

He aquí algunos acontecimientos significativos:

En 1930, Melanie Klein publica "La importancia de la formación del símbolo en el desarrollo del yo". Se trata del análisis del pequeño Dick, niño que presenta una sintomatología más autística que psicótica en el sentido clásico, con un importante retraimiento. Insiste respecto de los lazos que, según ella, existen entre la pulsión de saber y el sadismo infantil de exploración del cuerpo materno. El repliegue de Dick sería una defensa producida por la inhibición de estas mociones destructivas. Tesis importante

que tendrá una consecuencia directa sobre las elaboraciones más recientes en lo que concierne al autismo psicogenético (Donald Meltzer y Frances Tustin).

En 1935, luego de la muerte de su hijo Hans,² Melanie Klein publica su "Contribución al estudio de la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos", leída de modo abreviado durante el congreso de Lucerna de 1934 (Grosskurth, 1990). En este texto, postula la existencia de un pasaje, entre los cuatro y cinco meses, de la percepción del objeto parcial a la del objeto total. Por primera vez, introduce la noción de posición depresiva para designar este momento marcado por una intensa actividad de reparación del objeto previamente dañado por el sadismo infantil. La posición depresiva está claramente vinculada a la resolución del complejo edípico, del cual se percibe cuán precozmente se sitúa.

De este modo, se profundizan y acentúan dos hipótesis fundamentales que alimentarán todas las divergencias ulteriores.

1. Descubrimiento de una interacción fantasmática precoz con el objeto, siendo el repliegue narcisístico una consecuencia del fracaso de esta relación ambivalente originaria. Por lo tanto, no hay lugar en esta teorización para el narcisismo primario postulado por Freud, puesto que el lactante sería presa, en los primeros meses, de una intensa actividad fantasmática muy elaborada.

2. El complejo de Edipo y el superyó se formarían mucho más precozmente que lo que indica la teoría clásica. La resolución del complejo de Edipo es el resultado de una elaboración de las angustias persecutorias que conducen, en los casos normales, a un pasaje depresivo que permite la restauración del objeto dañado por las pulsiones agresivas y destructivas. Así, Melanie Klein integra plenamente en su teoría la hipótesis de la pulsión de muerte.

Por su parte, Anna Freud trabaja en despejar las funciones defensivas del yo, mostrando de este modo que éste prosigue su desarrollo mucho más allá de las fases descritas por Melanie Klein. Sus elaboraciones ulteriores referidas al "análisis de defensa" están directamente relacionadas con las preocupaciones manifestadas por su padre en "Análisis terminable e interminable", de 1937. De este texto, se ha puesto de relieve su última parte, especialmente en Francia, en la que Freud insiste con la roca de lo femenino inanalizable, el psicoanálisis como ocupación imposible, temas que muestran

² ¿Muerte accidental o suicidio? Melitta Schmiedeberg, hija de Melanie Klein, sostenía que se trató de un suicidio.

bien que la relación a lo desconocido y a lo incognoscible constituye una preocupación fundamental para Freud. Pero tal vez se subestimen las primeras páginas de este texto en el que Freud destaca, dentro de las metas del tratamiento analítico, el fortalecimiento del yo, que se busca frente a la acción patógena de las pulsiones. De este modo, Freud puede escribir lo siguiente: "La etiología traumática ofrece al análisis, con mucho, la oportunidad más favorable. (...) Merced al fortalecimiento del yo [sustituye] la decisión deficiente que viene de la edad temprana por una tramitación correcta. Sólo en un caso así se puede hablar de un análisis terminado definitivamente" (1976, p. 223). Mientras que, por el contrario, "la alteración perjudicial del yo, adquirida en la lucha defensiva, en el sentido de un desquicio y una limitación, son los factores desfavorables para el efecto del análisis y capaces de prolongar su duración hasta lo inconcluible". Hay aquí una referencia explícita a los trabajos de su hija, "El yo y los mecanismos de defensa" (1936), pero sobre todo una investigación congruente de padre e hija cuando Freud subraya: "Los mecanismos de defensa sirven al propósito de apartar peligros. Es incuestionable que lo consiguen; es dudoso que el yo, durante su desarrollo, pueda renunciar por completo a ellos, pero es también seguro que ellos mismos pueden convertirse en peligros. (...) Estos mecanismos no son resignados después de que socorrieron al yo en los años difíciles de su desarrollo (...), comparten el destino de tantas instituciones que se afanan en conservarse cuando ha pasado la época de su idoneidad" (1976, pp. 239-240). Freud insiste sobre el hecho de que, en toda cura analítica hay, en forma sucesiva, análisis de un fragmento del ello y luego de un fragmento del yo. Su hija Anna va a dedicarse a profundizar el estudio de estos mecanismos de defensa del yo inconsciente que obstaculizan el acceso del analista al ello.

Por lo tanto, se desprenden dos vías que Anna Freud va a explorar por el resto de su vida.

1. El análisis de las defensas. De nada sirve analizar el ello si el yo no está dispuesto. Ataque directo al punto de vista kleiniano que desdeña estas defensas, cuya organización es relativamente tardía.

2. El tratamiento analítico del niño encubre un elemento eminentemente preventivo, destinado a respetar la organización de las defensas necesarias contra la angustia sólo en la medida en que éstas no tiendan a organizarse en estructuras rígidas que tengan mucho peso en la edad adulta, como para volverse a fin de cuentas invalidantes.

Hay aquí, entonces, en 1936-1937, una reflexión analítica congruente por parte de Freud y de su hija, que tendrá una gran influencia sobre el porvenir de la terapia analítica. El acento está puesto en el análisis de las resistencias y el rol del yo.

Pero veamos con mayor precisión las tomas de posición manifestadas por Freud antes de este período, en el debate que Anna sostuvo con Melanie.

Hablando de las conferencias de 1926 ("El tratamiento psicoanalítico de los niños"), Freud le escribe a Eitingon: "El acontecimiento más agradable en este momento es el curso de Anna sobre la técnica del análisis de niños. Estimo que ella le habla de eso. La opinión general es que sabe captar verdaderamente la atención de su auditorio. Me presenta el contenido de cada lección la noche anterior y estoy particularmente satisfecho de ver que no se contenta, como un alumno, con aplicar lo que aprendió; lo aborda libremente, juzga por sí misma, y sabe afirmar las particularidades de este tipo de análisis. Comparadas con las de Klein, sus opiniones son conservadoras, incluso se podría decir reaccionarias, pero parece tener razón" (Young-Bruehl, 1988, p. 149).

En una correspondencia con Jones, previa al congreso de Innsbruck, donde las divergencias van a estallar verdaderamente, escribe: "La posición de la Sra. Klein sobre la conducción del ideal del yo o superyó de los niños me parece completamente imposible y contradictoria respecto de todas mis hipótesis fundamentales (...). Me gustaría contradecir a la Sra. Klein sobre un punto: considera que el superyó de los niños es tan independiente como el de los adultos, mientras que a mí me parece que Anna tiene razón al destacar que el superyó del niño está todavía bajo la influencia directa de los padres".

Ingresemos ahora en el estudio de la tercera fase del conflicto, que comienza luego de la muerte de Freud en Inglaterra. Huyendo de las persecuciones nazis, buena parte del grupo vienés, junto a la familia Freud, desde luego, se instaló en Inglaterra en 1938. Es para Melanie Klein una catástrofe que le reprochará toda su vida a Ernest Jones. De 1941 a 1945, en Londres, bajo las bombas, comienzan las grandes controversias. Las consideraciones del debate no son simplemente científicas. Se vuelven institucionales. ¿Quién tomará el control de la sociedad británica y, especialmente, mediante la formación de estudiantes? Pero eso no impide que el contenido teórico de las controversias alcance un nivel sin precedentes. Debe establecerse allí un paralelo con la situación francesa en los años 1950-60, marcados por la exclusión de Jacques Lacan de la IPA. Todo sucede como si, en ciertas circunstancias, alguna pasión, con sus incidencias institucionales, pudiese conllevar una profundización de la reflexión científica

del psicoanálisis. La imagen de los psicoanalistas discutiendo con serenidad, pacífica y objetivamente cuestiones que animan dolorosamente su práctica, ¿no es acaso un mito trillado? De hecho, este debate –Freud ya no estaba allí para trazar una línea de demarcación entre lo que sigue siendo psicoanalítico y lo que constituye una desviación– versa sobre el consenso mínimo necesario para que haya reconocimiento mutuo entre psicoanalistas.

De este modo, Edward Glover, el analista de Melitta Schmieberg, hija de Melanie Klein, quien profesaba un odio mortal hacia su madre, sostiene que la teoría kleiniana no es científica y es antifreudiana. Según él, no puede ser validada en razón de la práctica de la cura que conlleva, la cual considera como una maniobra de adoctrinamiento del paciente y no como un descubrimiento compartido. De allí su idea de la elaboración de un cuestionario cuyas respuestas podrían despejar los ejes del consenso mínimo psicoanalítico común. Pero esta empresa durará largo rato, como aquella más reciente de Wallerstein. Finalmente, para marcar su desacuerdo con la presencia de kleinianos en la sociedad británica, Edward Glover la abandonará para adherirse a la sociedad suiza.

Si bien Anna Freud, por razones que sin duda se sostienen en su temperamento y en problemas tácticos institucionales, es más medida en sus intenciones, en el fondo, y es difícil dudar de esto, comparte los puntos de vista de Glover. El eje central de las controversias parece ahora elevarse en relación con el período anterior. Versa sobre la perspectiva kleiniana, estupendamente desarrollada por Susan Isaacs en "Naturaleza y función de la fantasía", según la cual los fantasmas son representantes psíquicos de las pulsiones (Isaacs, 2000). Toda separación entre ese incognoscible originario, en el límite de lo corporal y de lo psíquico, y el nacimiento de una vida fantasmática elaborada que no podría desarrollarse sino ulteriormente, tiende a desaparecer. Para salir de esta aporía, las contribuciones contemporáneas de Piera Aulagnier³ me parecen fundamentales.

Para los seguidores de Anna Freud y Edward Glover, la renuncia a una fase narcisística primaria con la existencia en contrapartida de una relación de objeto, poblada en este estadio tan precoz de fantasmas ya muy elaborados, está desprovista de todo valor científico, puesto que no se apoya sobre ningún dato observable. Imaginamos la acogida recibida por parte de los teóricos kleinianos en los Estados

³ Ver en particular: Castoriadis-Aulagnier, P. (1977). *La violencia de la interpretación*, Buenos Aires: Amorrortu.

Unidos, donde el espíritu racionalista del ambiente debía considerarlos cuasi delirantes. También podemos comprender, a partir de allí, el lugar cada vez más grande que Anna Freud y muchos practicantes americanos concedieron a la observación directa de lactantes, entendiendo que aportaba elementos de conocimiento inaccesibles a la reconstrucción analítica.

A partir de 1945, otros psicoanalistas británicos, aunque no compartían las tesis de Anna Freud, parecen cada vez más refractarios a la orientación kleiniana que comenzaban a considerar como dogmática. De este modo, Balint y Winnicott, si bien por razones diferentes, no adhieren a la visión kleiniana de un lactante animado por fantasmas psicóticos y destructores. En cuanto a Bowlby, que seguirá un camino muy particular, al igual que Winnicott, le concede una gran importancia al rol efectivo que desempeña el entorno familiar.

Las enseñanzas del debate

Intentemos ahora extraer algunas breves y actuales enseñanzas de estas controversias. Refiriéndonos a la "relación a lo desconocido", de la cual Guy Rosolato exploró varios aspectos a lo largo de su obra, pensamos que esta relación del sujeto, así como del psicoanalista, a lo desconocido y a su residuo incognoscible, está en el fundamento mismo de la epistemología psicoanalítica. Tal como subraya el autor, "la escucha psicoanalítica debe también por su parte reflexionar sobre lo desconocido para una mejor desarticulación de la teoría (...)" (Rosolato, 1981).

Esta preocupación teórica aparece en tantos textos de Freud (y tan dispersos) que ameritaría por sí sola un estudio particular. De tal manera que, más allá de las citas que podrían hacerse, es toda la obra freudiana, su espíritu mismo, la que parece moldeada por ese cuestionamiento mortificante que proviene de lo desconocido y de lo incognoscible.

Pero, para volver a nuestro asunto, así como al debate entre Anna Freud y Melanie Klein, podemos destacar estos extractos significativos del análisis del pequeño Hans que, a nuestros ojos, resultan una perfecta ilustración de la relación a lo desconocido: "Yo agrego, a modo de conclusión: con la última fantasía de Hans quedaba

superada también la angustia proveniente del complejo de castración, la expectativa penosa daba la vuelta hacia una de dicha. En efecto, el médico (plomero) viene, quita el pene, pero sólo para dar a cambio uno más grande. Por lo demás, nuestro pequeño investigador ha hecho muy temprano la experiencia de que todo saber es un fragmento y de que en cada estadio queda un resto no solucionado" (Freud, 1980, p. 83).

Anna era sensible al apofatismo de su padre, ¿pero era capaz de seguir la lógica hasta el final? Es una pregunta a la que intentaremos responder más adelante. Hete aquí, por ejemplo, lo que le sugiere la lectura de "Inhibición, síntoma y angustia" (1979b): "Lo que tiene de notable es que Papá –contrariamente a todos los demás– destaca continuamente todo lo que permanece inexplicable e incierto en sus preguntas, de tal manera que tenemos el sentimiento de estar en un campo donde todo es discutible, desconocido, donde sólo tenemos las primeras claves. Con los otros autores, todo está siempre tan bien conocido y establecido, tan bien ordenado, que es preciso verdaderamente desconfiar" (Young-Bruehl, 1988, p. 169).

En efecto, podemos pensar que, si bien la obra freudiana está gobernada por un sentido de la racionalidad que, en algunos aspectos, la conduce a adoptar métodos inspirados en el espíritu científico, de acuerdo con la noción de Bachelard no es sin embargo una teoría racionalista cerrada y concluida que implicaría una sumisión del real psicoanalítico e inconsciente a una dictadura de la Razón.

Nos parece que Anna Freud, así como Melanie Klein, aunque por motivos opuestos, subestimó el lugar que debe ser dado a lo desconocido en toda teorización analítica.

Melanie Klein puso en evidencia un mundo de fantasmas y de mecanismos psíquicos (pensamos en la identificación proyectiva y en la posición depresiva) en los que el conocimiento resulta ser una herramienta indispensable en la práctica analítica contemporánea, y especialmente en el campo del autismo, de la psicosis y de los estados límite. ¿Pero no da la impresión de que esas formulaciones tienden a eliminar de lo originario estos fondos por siempre incognoscibles, inaccesibles al "yo", sobre los que tanto insistió Piera Aulagnier? ¿No reduce así excesivamente la separación que debe subsistir entre teoría y práctica, con las perniciosas consecuencias de esta reducción sobre la dirección de la cura? La teoría, al privilegiar cada vez más estas fases de la evolución psíquica que escapan a toda rememoración, conduce a aplastar la interrogación que proviene del paciente mismo, el material original que aporta y que es susceptible continuamente de contradecir la teoría.

Al igual que el lacanismo, el kleinismo (si por eso entendemos el pensamiento de Melanie Klein organizado como un sistema), ¿no es una forma de teoricismo, es decir, una enfermedad del pensamiento teórico que tiende a eliminar todo lo que no puede ser puesto a prueba en términos estrictamente conceptuales?

Cuando, durante una sesión, el analista termina hablando más que su paciente, o le hace decir todo en su propia lengua teórica, o incluso cuando lo interrumpe concluyendo imprevista e intempestivamente la sesión, bajo pretexto de que creyó descubrir en su discurso uno de los temas que su teoría privilegia, podemos estar seguros de que este escollo teorcionista, incluso terrorista, fue alcanzado.

Volvamos ahora a Anna Freud, y hagámosle justicia, puesto que su trabajo sobre "las líneas del desarrollo" manifiesta una clara apertura hacia lo desconocido, muy valiosa para la construcción de una nosografía psicoanalítica desprovista de prejuicios: "Al desequilibrio en la personalidad del niño originado por el desarrollo en grados diferentes de las variadas líneas que progresan hacia la madurez, tenemos que agregar el desnivel determinado por las regresiones de los diversos elementos de la estructura y de sus combinaciones. Sobre estas bases, resulta más fácil comprender por qué existen tantas desviaciones del crecimiento y del cuadro promedio de un niño hipotéticamente normal. Con las interacciones entre la progresión y la regresión, ambas de naturaleza tan compleja, las disarmonías, los desequilibrios, en suma las complejidades del desarrollo, se tornan innumerables las *variaciones de la normalidad*" (Freud, 1973, pp. 86-87). Se sitúa allí en una perspectiva de investigación que restablece de pleno derecho la complejidad de las determinaciones psíquicas, en oposición a las simplificaciones estructuralistas que vimos florecer en Francia en los años 1960-70.

No obstante, ya hemos subrayado más arriba el procedimiento excesivamente deductivo de Anna Freud. Lo que parecía obsesionarla era probar que la teoría de su padre era verdadera. Ahora bien, nadie podrá jamás probar científicamente la verdad de una teoría del psiquismo, aunque sea la más rigurosa. El psicoanálisis nunca será una ciencia de la observación, una ciencia de la naturaleza. Está condenado a seguir siendo una práctica de la interpretación que obedece a criterios de racionalidad comunicables pero no reproducibles, puesto que la eliminación del sujeto de la observación es aquí estructuralmente imposible. Sin duda, es de este error que proviene el lugar cada vez más grande concedido por Anna Freud y sus sucesores a la observación directa del niño. Su gran proyecto era llegar a reunir los datos de la observación directa y los de la reconstrucción analítica, de ahí la impresión de una enorme sistematización que se desprende de los trabajos provenientes de la Hampstead Clinic.

Concluiremos con una última observación: finalmente, la escisión no tuvo lugar, puesto que, más allá de sus divergencias, Anna Freud y Melanie Klein continuaron abogando por el respeto en su integralidad del procedimiento técnico preconizado por Freud. Este elemento consensual va mucho más allá de la simple observación de un ritual. Traduce la existencia de referencias comunes que tal vez permitieron el sostenimiento de una comunidad de experiencias analíticas, no sólo entre Anna Freud y Melanie Klein, sino sobre todo entre quienes actualmente se refieren a sus respectivas teorías. Lo que Freud nos legó a través de su método –y por eso es tan importante respetar su espíritu y hasta cierto punto su letra– es que éste constituye un último bastión que permite a la relación a lo desconocido jugar su rol interrogador de la teoría.

Traducción: Lic. Lorena Buchner

Bibliografía

Castoriadis-Aulagnier, P. (1977). *La violencia de la interpretación*, Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, A. (1973). *Normalidad y patología en la niñez*. Buenos Aires: Paidós.

Freud, S. (1976). Análisis terminable e interminable. En *Obras completas*, XXIII, Buenos Aires: Amorrortu. (Original publicado en 1937.)

— (1979a). Pegan a un niño. En *Obras completas*, XVII, Buenos Aires: Amorrortu. (Original publicado en 1919.)

— (1979b). Inhibición, síntoma y angustia. En *Obras completas*, XX, Buenos Aires: Amorrortu. (Original publicado en 1926.)

— (1980). Análisis de la fobia en un niño de cinco años. En *Obras completas*, X, Buenos Aires: Amorrortu. (Original publicado en 1909.)

Gleissmann, P y Gleissmann, C. (1992). *Histoire de la psychanalyse de l'enfant*, París: Bayard.

Grosskurth, P. (1990). *Melanie Klein, son monde et son oeuvre*. París: PUF.

Isaacs, S. (2000). Naturaleza y función de la fantasía. En *Desarrollos en psicoanálisis*, Buenos Aires: Lumen.

King, P. y Steiner, R. (1991). *The Freud-Klein controversies 1941-1945*. Londres: Tavistock Routledge.

Rosolato, G. (1981). *La relación de desconocido*. Barcelona: Petrel.

Stoloff, J. C. (1993). *L'interprétation - De la rationalité à l'éthique de la psychanalyse*. París: Bayard.

— (1997). *Les pathologies de l'identification: autisme, névrose, états-limites*. París: Dunod.

— (2000). *Interpréter le narcissisme*. París: Dunod.

— (2009). *Pourquoi l'antisémitisme?: Et si Freud s'était trompé... Freud, la question paternelle et l'antisémitisme*. París: Pascal.

Young-Bruehl, E. (1988). *Anna Freud*. París: Payot.